

CARTA DE PARÍS. JOSÉ LUIS DE VILALLONGA

Frases históricas

Cuando hace unas semanas se publicó "La Reina", de Pilar Urbano, escribí una crónica en estas mismas páginas en la que decía asombrarme de un error histórico cometido por la veterana periodista al afirmar que la reina Victoria Eugenia "salió hacia el exilio, por Cartagena, el 15 de abril de 1931, junto a don Alfonso XIII y sus hijos". Ese error mermó a mis ojos credibilidad al resto del libro. Era un error importante porque precisamente el hecho de que don Alfonso se marchara de España, el 14 de abril, dejando solos en un Madrid embravecido a su mujer y a sus hijos, causó estupefacción y malestar entre los monárquicos poco al corriente de cómo y por qué ocurrían las cosas. Don Alfonso, al despedirse de su familia en el palacio de Oriente, les dijo: "Os dejo a todos a la salvaguarda del pueblo español". Nadie supo qué contestarle. A los hombres de aquella época les gustaba hacer frases y a don Alfonso muy en particular. También dijo aquello de "no quiero que ni una sola gota de sangre española se vierta por mi persona". Se lo dijo al general Cavalcanti cuando éste se ofreció, el mismo 14 de abril por la tarde, a dispersar con un escuadrón de Caballería a la multitud que se apiñaba amenazadora frente a las verjas del palacio de Oriente. Cavalcanti, con el rostro lívido, salió del despacho regio sin decir una palabra. Se fue para no tener que decirle a don Alfonso que un rey no tiene derecho a decir semejantes cosas. El hecho de que el monarca rechazara la efusión de sangre para defender su trono equivalía, para hombres como Cavalcanti, a la negación de su propia exaltación. Después de todo, ¿qué es la sangre de un pueblo sino el precio de su historia? "Yo no sería rey si tuviera sentimientos particulares", decía lúcidamente Luis XIII, rey de Francia. Enterado de la frase de don Alfonso, el poeta Agustín de Foxá se asombró: "¿Pero es que este hombre no sabe que en España hay que hacer correr ríos de sangre para que le quieran y le respeten a uno?"

"Os confío a la salvaguarda del pueblo español." Una frase que hace pensar que don Alfonso sólo conocía a medias al pueblo del que todavía era rey. Uno que si parecía conocerlo bien era don Niceto Alcalá Zamora. Cuando a media mañana del 14 de abril el conde de Romanones se puso en contacto con él —la entrevista tuvo lugar en el 43 de la calle Serrano, domicilio particular del doctor Marañón— para discutir de una posible conciliación entre la monarquía y los "revolucionarios", don Niceto se mostró inflexible. A punto de perder los nervios, Roma-



MESTOLER

DON ALFONSO,
al despedirse de su familia en el
palacio de Oriente, les dijo: "Os
dejo a todos a la salvaguarda
del pueblo español"

nonos le preguntó: "¿Qué es lo que quieren ustedes exactamente de don Alfonso?". "Nada —le contestó don Niceto—. Que se vaya. Y que se vaya antes de la puesta del sol." Romanones se indignó: "¿Ni siquiera le dan ustedes tiempo para hacer las maletas!". A lo cual don Niceto respondió: "Don Alfonso es demasiado listo para no tener previsto este viaje desde el domingo". La alusión a las elecciones del 12 de abril irritó aún más a Romanones: "Yo he venido aquí para tratar de las condiciones de un posible arreglo...". "Usted ha venido aquí —le interrumpió Alcalá Zamora— a convenir conmigo la manera de evitar una efusión de sangre y para eso es preciso que el rey se marche." En cuanto Romanones se fue para rendir cuenta a don Alfonso de la marcha de las negociaciones, Marañón pre-

guntó a don Niceto: "¿Por qué esa insistencia en que don Alfonso salga de Oriente antes de la puesta del sol?". Don Niceto —la fatiga hacía resaltar su fuerte acento andaluz— explicó: "El rey siempre ha estado rodeado de hombres poco dados al análisis político. El pundonor les hace las veces de inteligencia. Son hombres que creen que todo conflicto ha de resolverse a punta de espada. Así que hay que evitar una última batalla por el honor. Una pelea a la española, con sangre fresca y frases heroicas. Quiero que el rey se vaya antes de que se ponga el sol, para salvar la vida a él y a su familia, pero sobre todo para que la República no dé sus primeros pasos de la mano de unas masas vociferantes que no dejarían de desmadrarse si el rey continúa encerrado en su palacio. Además, doctor, ¿qué podríamos hacer con don Alfonso si se nos queda entre las manos? Dejémosle marchar. A Londres, a Roma, a París, donde mejor le parezca. Pero vivo y coleando".

Cuando don Alfonso hace su aparición en el Campo del Moro, el sol todavía no se ha puesto. Un gran automóvil negro le espera con el motor en marcha. De pie en el estribo el rey mira largamente el palacio de Oriente, aquel viejo caserón testigo de tantos fracasos. A su lado el infante don Alfonso de Orleans le tiende unos guantes. Cuando el vehículo real se pone en marcha con el monarca al volante, cuatro automóviles más arrancan tras él guardando las distancias. En el último, a las órdenes de un sargento, viajan seis guardias civiles, la mirada fija, la mandíbula tensa. El cortejo motorizado toma la dirección de Aranjuez. La Roda, Albacete y Murcia, camino de Cartagena, donde el soberano embarcará en un buque de guerra que lo llevará a Marsella.

El rey, como de costumbre, conduce a gran velocidad. El alba se aproxima rápidamente. Sus primeros resplandores son diáfanos. Por última vez el rey ve desfilar ante sus ojos al viejo y querido país. España es esta vez para él sinónimo de tristeza. Sólo en el dolor y en la angustia España alcanza sus proporciones mágicas. El rey lo sabe y el saberlo le desconciela. A su alrededor todo es pobre y austero. Las casas de paredes encaladas y ventanas cerradas. Los burros grises sobre los que cabalgan unos viejos indiferentes a las moscas. Las campesinas sin edad, el rostro envejecido por el polvo de los caminos. Los niños con las cabezas rapadas, inmóviles en la cuneta para ver pasar la comitiva. Y puede que en esos momentos el rey pensara: "Sólo me queda una esperanza. Volver un día vivo del exilio". ●

HEMEROTECA

F. MERINO SANCHEZ